

Y FRAGA COGIO SU FUSIL (V)

El desliz del Centro

Francisco Cerecedo

La época de embajador en Londres se desarrolla para Fraga en medio de una euforia de contactos con gentes catalogadas como centristas, que terminan haciéndole creer, en comprensible transferencia de personalidad, que el centrista es él. Los constantes viajes a España del señor embajador le confirman en la idea de que el centro es víctima de un vacío de poder y que debe disponer de un líder a la medida de las circunstancias.

Del matrimonio morganático Fraga-Centro nace una hija prematura llamada Pedisa, que muere al año de nacer. Sin dejarse amilanar por la adversidad, don Manuel pone en movimiento sus cromosomas políticos y da a luz una preciosa asociación que bautiza con el nombre de Godsa. Tanto la madre centrista como el recién nacido se encontraron en perfecto estado de salud y, con el tiempo, tuvieron la compañía de Reforma Democrática y, finalmente, de la más joven Alianza Popular, que luego hizo muy buena boda con el soltero más difícil del franquismo: el ministro Laureano López Rodó.

Más versos

Si la pequeña Alianza Popular sólo le proporcionó legítimas alegrías, la alocada Reforma Democrática dio más de un disgusto a su recto progenitor, siempre, por encima de las modas del momento, muy estricto en materias de costumbres, como lo demuestran estos dos párrafos escritos con treinta años de distancia. "La disciplina doméstica ha desaparecido —se quejaba con razón, en 1948, el ayudante de cátedra de la Universidad de Madrid Manuel Fraga—; en la mayoría de las casas, cada uno hace lo que le da la gana. Sobre todo, la estabilidad ya no existe: ya no está vinculada a un solar, a la casa de los abuelos. Hoy es familia de hotel. Y en la mayoría de los países, con divorcio y agencias matrimoniales. ¡Ay, las declaraciones en verso y los ramos de violetas!"

En 1976, dentro de la misma línea ideológica, la denuncia se hace más precisa: "Los jóvenes emplean a estar hartos de las pornografías explotadas por intereses inconfesables, de un pansexualismo que degrada el amor verdadero a un nivel que ya no es animal." En cualquier hogar menos liberal, el padre tomaría cartas en el asunto para evitar que se confundiera la libertad con el libertinaje. Pero Fraga, profundamente centrista en aquel momento, no quiso incurrir en la acusación de machista o en el reprochable pansexualismo: "En mi casa manda mi mujer, como es lógico, porque yo no soy marica. En todas las familias decentes manda la mujer."

Con ideas tan altamente morales sobre el tema, resulta fácil ima-

ginar el dolor y la amargura de don Manuel Fraga Iribarne al enterarse de los sonados escándalos protagonizados por su hija mediana, la agraciada Reforma Democrática, en las ciudades de Ceuta y de Melilla, coqueteando descaradamente con las autoridades marroquíes que encontraba por los sarao. El 13 de noviembre de 1976, seis mil mellillenses manifestaron ante el Ayuntamiento de su ciudad al grito de "Fraga, Fraga, Melilla no te traga", su repulsa contra el progenitor de la bella aventurera, al mismo tiempo que le retiraban la medalla de oro de la ciudad. "Debieron haberme llamado antes de dar a la publicidad este asunto", exclamó apenado Fraga, quien se rehizo con presteza en un arranque muy suyo: "El teniente Fraga Iribarne ofrece su sangre, si fuera necesario, por Ceuta y por Melilla."

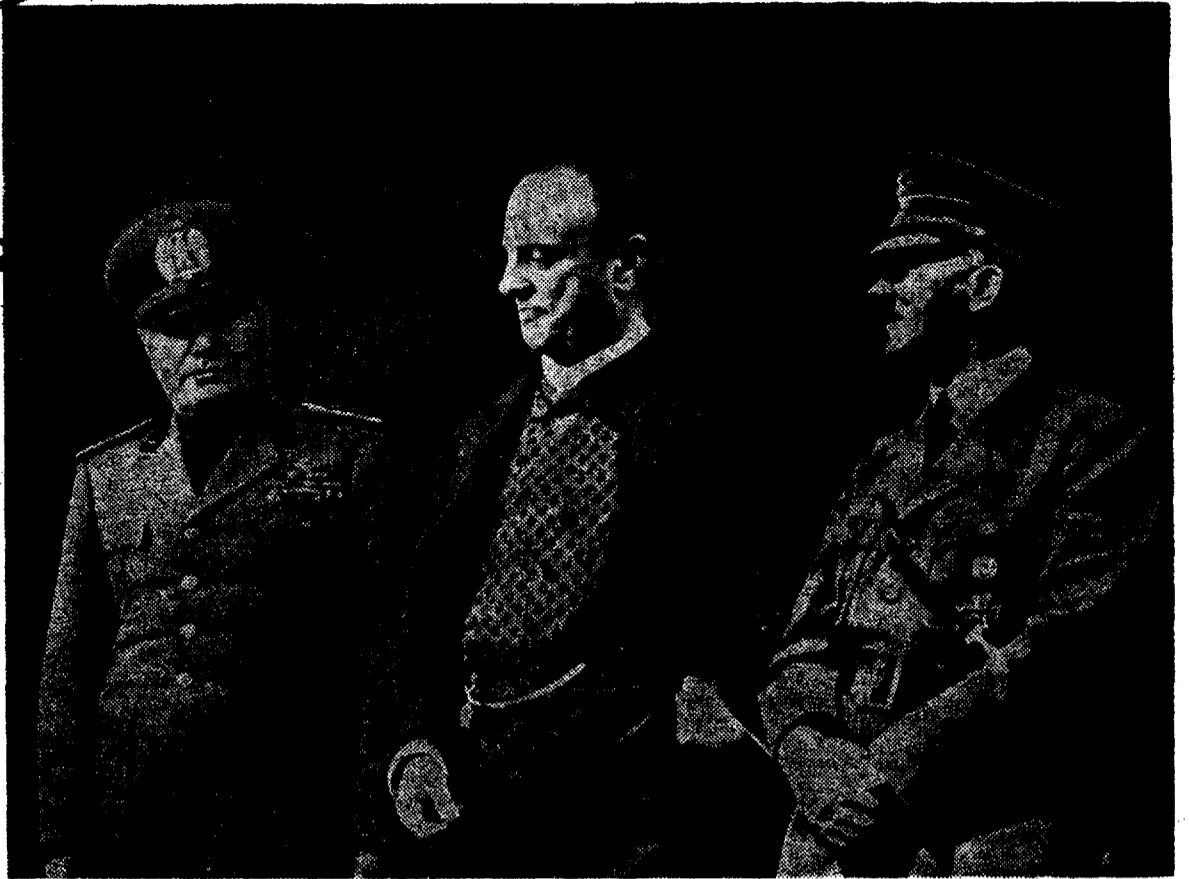
Lucha de clases

Estos problemas familiares no le impidieron al embajador Fraga cultivar el estudio de la teoría política que le permitiera, en un futuro que consideraba muy próxima, aplicar las soluciones correctas a los múltiples y complejos problemas que plantea una sociedad tan conflictiva como la española. En Londres recibió a un obrero español que había viajado desde Escocia para "alistarse a la guerra si fuera necesario", y hábilmente desarmó cualquier recóndito subconsciente reivindicador, premiando con un puro habano su patriotismo.

No era fortuita la idea. Ya en su definitiva obra "La República", publicada en 1973, a lo largo de 243 densas páginas, ofrece su visión ideal de la sociedad a través de sus estamentos claves: profesor, militar, pastor, técnico, ejecutivo, intelectual, señora (de buena posición, culta, difícil y guapa, sin edad) y un joven y un trabajador ("que pintan muy poco"). Al llegar a la página 124, los reunidos deciden llamar al trabajador, buena persona y suavemente reformista, que después de tres intervenciones pide permiso para ausentarse porque "se le calienta la cabeza", a pesar de que el ejecutivo le pregunta: "¿Qué tal va esa familia?". Y Fraga, una vez más, despidió en su libro al trabajador con su definitivo hallazgo superador de la lucha de clases: "Gracias, Pablo. Llévose un puro." A golpe de habano, Manuel Fraga Iribarne, hay que reconocerlo, sabe mandar a la clase obrera al paraíso. Excepto en Vitoria en 1976, que se olvidó de los puros.

Los enemigos

Con tanta capacidad para la innovación, era lógico que a Fraga, según propia confesión, le saque de quicio esperar dos minutos. Llevado por su afán de ahorrar más tiempo, al decir de sus colaboradores, nunca escucha a su interlocutor. Aunque ello no implique el mínimo desaire hacia su interlocutor. Despreciar, Fraga sólo desprecia a



"Siempre he sido un hombre de centro"

la oposición: "Yo conozco su posición y los desdénos", afirmó durante su segunda juventud franquista como ministro de Gobernación. Para el resto de las personas, de acuerdo con un amigo suyo de hace treinta años, "es bueno, a no ser que alguien se cruce en su camino. Entonces lo destroza".

Los corresponsales de periódicos españoles acreditados en Londres conocían perfectamente los nombres de las personas que se habían cruzado en el camino del señor embajador y, con la irreverencia propia del oficio, se ponían de acuerdo antes de las comidas con Fraga: "¿A qué hora le cabreamos? A las tres menos cuarto." Llegado el momento, algún comensal lanzaba sobre el mantel cualquiera de los nombres fáticos: Carrillo, Emilio Romero, Rodríguez Aragón, García Carrés y Juan Jacobo Rousseau.

La cólera del embajador, según cuentan los testigos, era inmediata: "Carrillo me agarra los cojones a tres manos." "A Romero le voy a aplastar como a un sapo." "Yo quitaría a ese estúpido, ¿cómo se llama?, García Carrés, y sacaría de la cárcel a Camacho para ponerlo en su lugar." Con aquel honrado ciudadano de Ginebra, del siglo XVIII, llamado J. J. Rousseau, el furor de Fraga es antiguo: "Una de las mayores vergüenzas de la humanidad ha sido ésta de dejarse influir durante más de un siglo por las ideas de este degenerado, neurótico y masoquista."

El día 20 de noviembre de 1975, en medio de la desolación oficial, muere Franco. Manuel Fraga Iribarne, entre tanto dolor, sólo tiene dos instantes de alivio: contemplar que, dentro de la desgracia, se corre el escalafón para dictador, y la reconfortante visión del general chileno Pinochet en el entierro del caudillo, de quien se declarará justificado partidario, meses más tarde en una entrevista concedida al corresponsal de la revista brasileña "Veja".

Con el nuevo Gobierno, Fraga acepta el cargo de ministro de la Gobernación y vicepresidente primero. "Yo soy un hombre que emana autoridad", reconocería con carismática modestia en el "Arriba". Su hijo, Gabriel Cisneros no vacila en atribuirle "un liderazgo casi ineluctable, sin necesidad de trampas escenográficas", al que apoya, como en sus mejores tiempos de pantalón corto sobre las montañas nevadas, "en un acto de fe y de disciplina". Otros, como el crítico de arte Moreno Galván, quizá deformados profesionalmente por su sentido de la estética, le enfocan de distinta manera: "Fraga, ¡gran talento de tercera categoría!". Algún colaborador de la época del Ministerio de Información analiza su vocación de servicio: "Sólo ambiciona el poder. Si mandará Kruschev, también le serviría."

Durante los siete meses de Gobierno que duró su segunda juventud franquista, Manuel Fraga trabajó seguro de reforzar su posición de hombre de centro. "Ningún ministro del sistema —afirmaba en Oviedo— presenta un historial más favorable que yo para la apertura hacia la democracia." Pero la democracia es un peligroso explosivo que sólo debe ser manejado por unos pocos. Y Fraga, como experto, prepara el mecanismo de relojería para el gran estallido: "Dos semanas para decidir, dos meses para programar y dos años para realizar."

Dado su peligroso manejo, la democracia debe asimismo ser tratada sigilosamente y no permitir las filtraciones a la prensa canchalesca que todo lo estropea con sus informaciones. Sus colaboradores del Ministerio de Gobernación tuvieron en alguna ocasión la democrática debilidad de contar alguna cosa a los periodistas. "Eso se va a terminar —les reconvinó el ministro Fraga en su despacho—. Tengan en cuenta, mis queridos

amigos, que a la próxima filtración me verá obligado a patearle los cojones a alguien."

Los sucesos de Montejurra y Vitoria en 1976 dieron la medida de las facultades de Fraga. Ambos trágicos sucesos coincidieron con dos rápidas ausencias del ministro a Venezuela y Alemania. En la televisión venezolana se despachó a gusto sobre la "ikurriña", que "es un insulto para los españoles. Para sacar adelante esa bandera tendrán que pasar por encima de mi cadáver antes".

Cela, amigo

Aunque no se hallaba presente en España el día de Montejurra, no por ello la infatigable capacidad de trabajo de Fraga dejó de participar en los preparativos del acto que había de saldarse con dos muertos. La organización de extrema derecha de don Sixto estableció contacto con Fraga a través de José Arturo Márquez de Prado y Ramón Merino, coordinadores de la operación de "castigo" a Carlos Hugo. Fraga estuvo en todo momento al corriente de lo que se tramaba, según manifiestan todos los informes elaborados por los distintos partidos interesados y por otros órganos del Gobierno.

En el caso de los cinco muertos de Vitoria a consecuencia de la intervención de la Fuerza Pública, Fraga afirmó: "asumo toda la responsabilidad", y prometió "aclarar los hechos". Todavía hoy no se conoce el nombre de un sólo responsable de lo ocurrido, excepto del propio don Manuel Fraga Iribarne, quien al presentarse en Vitoria a visitar a los heridos fue recibido por los familiares en el Hospital al grito de "¡fascista!".

En estos duros años, de esfuerzo y de incompreensión, tiene al menos el consuelo de que una gloria de las letras españolas, Camilo José Cela, le apoya sin reservas: "En los actuales momentos, sin reservas, creo que la solución política que podría tener nuestro país sería la de un Gobierno Fraga." El conde de Motrico tampoco le regateaba méritos y declaraba que con Fraga iría a cualquier parte. El astuto conde debió guardarse alguna escolástica reserva mental, porque no fue con Fraga hasta Alianza Popular.

En julio de 1976, Fraga se despidió del poder, como siempre, por causa de fuerza mayor. Y dedica un homenaje al flamante marqués de Arias Navarro, compañero de cese y de tantas otras cosas. Deshojada la margarita del Centro, ha llegado la hora para el hijo pródigo de volver al hogar.